

Viejas de mi familia

La hermana Rumalda, la hermana Eulogia, la hermana Eusebia. ¡Cómo las recuerdo! Tan viejas, tan arrugadas, tan pasadas, tan alejadas ya de todo, reducidas a lo ínfimo material, el bocado de pan, las cuatro ascuas y el renfunfuñeo continuo por las incomodidades mínimas de la vida que tanto tarda en acabar cuando no puede esperarse nada bueno de ella. Las tres eran menudas, morenas, de esa piel fina, avellanada, despegable, limpia y sana, que al estirla y soltar, se va replegando sobre sí misma recobrando los dobleces de la senilidad.

Me han traído su recuerdo otras parientas que van por el camino que ellas recorrieron, al oírles los reproches mutuos, que tanto les oí a aquellas, de las particularidades nimias que no se aguantan y de las quejas increídas que no se soportan y se toman como pesadez o cansera de lo ya sabido y no obstante repetido con la continuidad de las goteras, porque en la lamentación o en el quejido está el único desahogo posible y desahogarse es aliviarse. Siempre me impresionaron mucho las casas donde había muerto la madre y la de los viejos solitarios quebrantados.

¡Pero qué melancolía la que despiertan estas viejas!

Todas salieron del nido paterno, cada una por su lado, como las pajarillas campestres que se pierden de vista en el Cielo. Todas esperanzadas en una vida placentera, diferente de aquella, con *desabrido gusto*, que se les fue aposando durante la infancia y la juventud, por torpeza o impericia de los padres, siempre tenidos por ineptos. Vuelan las pajaiillas y se pierden de vista en las alturas. Se posan en la enramada o en la pedriza abrupta, celadas de lince y gavilanes que les arrancan las plumas o arrebatan la vida al menor descuido.

Van en busca del amor y no es posible arredrarse. El camino está cubierto de zarzas que pinchan y laceran la carne, pero la ilusión lo traspasa y se sigue, se sigue, se sigue.....

Si no se perece, se vuelve con las huellas de la travesía y puede ocurrir, como en la casa del hermano Benito, que vuelvan todas las que salieron, aunque alguna se haya aventurado al máximun y reiteradamente.

Esta vuelta al nido que se dejó enfriar es patética, después de no recibir calor en ninguna parte, por haberse *apagado también todos los fuegos* encendidos en el viaje de ida y si alguno no se extinguió totalmente no es aplicable a la propia confortabilidad.

¡Hijos sin madre! ¡Madres sin nadie! ¡Qué contrastes y qué diferencias!

Los primeros pueden ganarlo todo con el tiempo. Los segundos perderán de seguro lo que les quede. Y no es poco, después de aquel impulso y aquella fogosidad del vuelo, que haya un rincón donde ampararse, en lo que se juzgó ínfimo o imperfecto, aunque sea con la incomodidad de oír a la hermana de quejarse.

La soledad de los chicos sin madre se neutraliza con la inquietud, con el desorden, con la vitalidad. La de los viejos se acentúa con el poco vigor, con la templanza y con la continencia.

Los viejos solitarios, desoidos y no vistos por la juventud, que vuelven a juntarse otra vez en el primer nido, sin ninguno de los alicientes que lo animaron antes ¡qué tristes y solos se les encuentran!, como si hubieran equivocado la camada y entrándose en la ajena en lugar de la propia.